



DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.

**Continuación del santo evangelio
según San Mateo.**

Y después de seis días toma Jesús consigo á Pedro y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto: Y se transfiguró delante de ellos y resplandeció su rostro como el sol: y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Y hé aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Y tomando Pedro la palabra dijo á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí; si quieres hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elías. El estaba aun hablando, cuando vino una nube luminosa que los cubrió. Y hé aquí una voz de la nube, diciendo: Este es mi hijo el amado en quien yo me he complacido: á él escuchadle. Y

cuando lo oyeron los discípulos cayeron sobre sus rostros, y tuvieron grande miedo. Mas Jesús se acercó, y los tocó: y les dijo: Levantaos, y no temais. Y alzando ellos sus ojos, á nadie vieron, sino sólo á Jesús. Y al bajar ellos del monte, les mandó Jesús diciendo: No digais á nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. [Math. XVII. 1....9.]

Este es, hermanos míos, el Evangelio de la transfiguración, que quiere decir, cambiar de figura. Comienza el Evangelista diciendo: que llevó consigo el Señor á solos tres apóstoles, San Pedro, Santiago y san Juan. Al primero, por haber confesado tan claramente la divinidad de Jesucristo; á Santiago que había de derramar su sangre primero que los otros apóstoles, y á San Juan que era el discípulo amado; y estos tres discípulos que habian de ser testigos de las agonías del Señor en el Huerto, conveniente era que lo fuesen ántes de su gloria, para que la vista de los sufrimientos no los escandalizase. Subidos pues, los tres con Jesucristo, á un monte muy elevado, se transfiguró delante de ellos. ¿Mas porqué no escoge el Señor para esto, el templo sino un monte? para que entenda-

mos dicen los santos (1) que la gloria se encuentra, no en la bajeza del siglo, sino en las alturas del reino; que los que quieren contemplarla, nó han de andar arrastrando abajo de los deleites, sino subir á la altura de los deseos celestiales; y que la soledad y el retiro que se encuentran en las montañas, son más aptos para encontrar al Señor y gozar de su gloria, que el ruido de las ciudades y la compañía de la multitud. Y se transfiguró delante de ellos. Cristo, verdadero hombre y en quien solo se miraban las humanas apariencias, para avivar la fé y alentar la esperanza de los fieles, quiso manifestarse entonces á los discípulos, como un Dios de infinita majestad, mostrándoles que la gloria de la resurrección no sólo habia de ser de las almas, sino que también habia de abarcar á los cuerpos, (2) para que así se animasen á seguir al Señor en su acerbísima Pasión. Mas ¿cómo fué esta admirable transfiguración? Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se pararon blancos como la nieve." Esto es, como explica el angélico Maestro, que de la claridad interior

[1] Gloss. interlin.

(2) Lyran.

del alma de Jesucristo que gozaba de Dios y lo estaba viendo continuamente, brotó afuera en el cuerpo, una maravillosa refulgencia. Y pues una sólo alma bienaventurada, por el esplendor de su cuerpo glorioso, derrama mayor luz sobre el universo que todo el sol que nos alumbra, podemos pensar cual sería el esplendor, cuál la inmensa claridad, cuál el torrente de luz que derramaría en la montaña el cuerpo de Jesucristo! Su rostro se compara con el sol porque no conocemos cosa mas luminosa, y San Gerónimo dice, que como apareció entónces á los apóstoles así, ha de aparecer cuando venga á juzgarnos. Sus vestidos se mostraron blancos como la nieve, porque cuando es muy fuerte la luz todo lo hace aparecer blanco, y así la claridad que salía del cuerpo del Salvador, traspasando sus vestidos, los hacía aparecer de una blancura deslumbrante. Y estos vestidos pueden significar las almas de los bienaventurados, que oscuras y desconocidas en la tierra, al subir con Cristo á la montaña de la gloria, aparecerán candidas y radiantes de luz eterna.

Mas hé aquí que aparecieron Moisés y Elías hablando con el Señor. Los Após-

toles pertenecian al nuevo Testamento, y Moisés y Elías, al antiguo, y reunidos en la montaña delante de Jesucristo, significaban que todos los hombres, así antes como después de su venida, á él miraban, y sólo por él podian salvarse. (1) Y es de saber que Elías, no muere aún, y ha de venir á predicar y morir cercano al día del juicio; y así, Elías vivo, y Moisés muerto, aparecen en el monte, para mostrar que Jesucristo tiene poder sobre la vida y la muerte, y es el que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos, como nota el Crisóstomo. Además, Moisés orando con los brazos en cruz, y Elías extendiéndose sobre el niño difunto, ambos prefiguraban de algùn modo la crucifixión del Señor, y por eso fueron llamados á hablar de ella. Y si este Evangelio sólo dice que hablaban con Jesucristo, otro evangelista declara (2) que, “decian el exceso que había de obrar en Jerusalén.” Hablaban de la Pasión del Señor, dice el Cartusiano, dando gracias por tan grande beneficio y orando al mismo tiempo por la salud del mundo.

(1) Dionis. Carthusian.

[2] Luc. IX. 31.

Mas ¿cómo tales coloquios podian ser oportunos ante tanta gloria, dice San Agustín? ¿Cómo se habian de mezclar tantos dolores entre aquellos celestes gozos? Y el mismo santo responde: que ninguna materia podía ser más agradable de conversación á nuestro adorable Salvador, que el tratar de la salud y redención del mundo. Y si la muerte del Señor se llama exceso, cuando para todos los hombres la muerte es el mayor defecto, [1] és, tanto, porque excedió inmensamente el precio al pago de la deuda, cuanto porque con su muerte excedió á la misma muerte y al sepulcro, hasta subir á los cielos. Y el Señor fué excesivo en su obediencia, excesivo en su padecer, excesivo en el amor que nos tiene, y excesivo, si puede así decirse, en la gloria que disfruta en el cielo. Mas nosotros, hermanos míos, no sólo nó somos excesivos en amarle, sino que llevamos al exceso nuestras ofensas, al exceso nuestras ingratitudes, y al exceso nuestra mala correspondencia; por lo cual debemos hablar de estos nuestros excesos con los sacerdotes de la nueva ley, confe-

[1] Ita, Salmeron.

sando nuestros pecados para que nós sean perdonados.

2.

“Respondiendo San Pedro dijo á Jesús: Señor: bueno es que estemos aquí, hagamos aquí tres tabernáculos, uno para tí, uno para Moises y uno para Elías.” Viendo aquella gloria, dice santo Tomás, hallábase en tal disposición que no quería separarse ni un punto de allí; pues tal es el deleite de la luz eterna, añade San Agustín, que aunque no se pudiese gozar mas que por un solo día, por sólo eso deberían despreciarse innumerables años de esta vida llenos de delicias y de riquezas; y por esto le parecía bueno á San Pedro quedarse allí formando tres tiendas de campaña, aunque había allí seis personas, pensando que él y los otros dos discípulos podrían estar en el tabernáculo de su Maestro. (1)

San Lucas al referir estas palabras del príncipe de los Apóstoles, advierte que “nó sabía lo que decía,” porque, en efecto, dice San Antonio de Padua, que las tiendas se cambian y se mudan, y al Señor le con-

(1) Ita. Ita. Dionis. Carthus.

viene una habitación firme y perpetua; no sabía lo que decía, porque, quería hacer tiendas donde no se necesitaban, pues como dice San Bernardo, segurísima habitación es el paraíso; no sabía lo que decía, insinúa San Hilario, porque para entrar en la gloria, era preciso que Cristo con su muerte nos abriera las puertas; no sabía lo que decía, predica San León Papa, [1] porque en las tentaciones de esta vida primero hemos de pedir la paciencia, que la gloria; no sabía lo que decía, concluye San Agustín, porque con morar allí, habría impedido todo lo que faltaba, los sacramentos, la Eucaristía y la misma redención. En cuanto á nosotros, hacemos en nuestra alma tres tabernáculos si consagramos al Padre nuestro poder, al Hijo, nuestro entender y al Espíritu Santo nuestro querer, dice un piadoso Cordenal. [2]

Aun estaba Pedro hablando, dice el Evangelio, cuando una nube luciente los cubrió, y de la nube salió una voz diciendo: “este es mi Hijo amado en quien bien me hé complacido, á él escuchad.” Esta

[1] Serm. de Transfigur.

[2] Hugo hic.

nube, dicen los doctores, (1) fué para refrigerar á los Apóstoles con su sombra templándoles aquella luz vivísima; y esta nube representaba al Eterno Padre, pues desde ella habló dando testimonio en favor de Jesucristo, declarándolo su Hijo dilectísimo, y mandando que á él escuchasen, para insinuar que nos había sido dado como doctor do todas las naciones. “A él escuchad, dice el Angélico; nó á Moisés, nó á Elias ni á ningun otro.” Escuchadle, es decir, atended á su doctrina, nó sólo con los oídos del cuerpo, sino también con los oídos del corazón. Escuchadle; esto és, creedle, obedecedle y practicad cuanto os mandare; escuchad á Jesucristo que es la primera verdad, que no puede engañarse ni engañarnos. Así nosotros, hermanos míos, debemos escuchar sus máximas para seguirlas, escuchar sus mandamientos para obedecerlos, escuchar sus consejos para santificarnos, escuchar sus promesas para alentarnos, y escuchar también sus amenazas para obrar con amor y temblor nuestra salvación.

“Oyendo esta vez los discípulos cayeron

(1) Cajetan. Carthus.

sobre su cara y temieron grandemente;’ porque la flaqueza de nuestra naturaleza es tal, que ante la voz de Dios se espanta, y no puede ver con sus ojos, ni escuchar con sus oídos la presencia de tan gran majestad, sin caer derribada por la tierra. Mas Jesucristo se acercó, y tocándolos les dijo: “Levantaos, y no queráis temer.” Bondadoso el Señor, descende de aquella gloria á confortar á sus discípulos con la voz y aun con el tacto, porque pierdan el miedo y no piensen tratarse allí de un espectro.

“Y bajando de la montaña, les mandó Jesús diciendo: á ninguno digais la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.” ¿Mas por qué quiso ocultarla? Lo primero, para enseñarnos á evitar la vanagloria; lo segundo, á tener secreta la propia perfección; lo tercero, para que tanta grandeza no pareciera increíble; lo cuarto, para evitar la envidia de los discípulos que no fueron llamados. Evitemos nosotros hermanos míos, esta indigna pasión, para que un día merezcamos subir con Jesucristo á la montaña de la gloria. Amén.





DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.

Continuación del santo evangelio según San Lucas.

Estaba Jesús lanzando un demonio, y este era mudo. Y cuando hubo lanzado al demonio, habló el mudo y se maravillaron las gentes. Mas algunos de ellos dijeron: En virtud de Belzebú príncipe de los demonios, lanza los demonios. Y otros por probarle, le pedían señal del cielo. Él, cuando vió los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, será asolado, caerá casa sobre casa. Pues si Satanás está también dividido contra sí mismo ¿cómo estará en pie su reino? por qué decís, que yo lanzo los demonios por virtud de Belzebú? Pues si yo por virtud de Belzebú lanzo los demonios, ¿vuestrós hijos por quien los lanzan? Por esto serán

ellos jueces de vosotros. Mas si en el dedo de Dios lanzo los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado á vosotros.

Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas que posee. Mas si sobreviniendo otro mas fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas, en que fiaba, y repartirá sus despojos. El que no es conmigo, contra mí es: y el que no coge conmigo espárece. Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos buscando reposo, y cuando no lo halla dice: Me volveré á mi casa, de donde salí. Y cuando vuelve la halla barrida, y alhajada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus, peores que él, y entran dentro y y moran allí. Y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero. Y aconteció, que diciendo él, esto, una mujer de enmedio del pueblo levantó la voz y dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamasté. Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan. (Luc. XI. 14. 27.)

I.

Cuéntanos ahora amados hermanos míos, el Evangelio, la curación de un hombre

poseído del demonio, cuyo demonio era mudo, es decir que con su maléfica acción, le producía al hombre aquel defecto. Porque es de saber que en aquel tiempo el demonio entraba en el cuerpo de algunos desgraciados á quienes despedazaba y maltrataba de mil maneras horrorosas, rompiendo las cadenas con que los ataba, y arrojándolos en el fuego; á unos dejaba sordos, á otros mudos, y á otros los hacía arrojar ahullidos espantosos. De estos pues, curó muchos nuestro adorable Redentor, para mostrar que venia á triunfar del demonio y del infierno. De uno de estos poseídos nos habla ahora el Evangelio, al cual tenía el demonio, mudo. Y aunque ahora nó se ven ya estos posesos en el cuerpo, pero es mucho peor la posesión que toma el demonio de las almas, y mayores los estragos que hace por dentro, que los que antes se miraban por fuera en los posesos. El demonio, es el pecado, pues es el primero que lo cometió en el cielo y lo introdujo en la tierra, y el demonio, torna al hombre mudo, cuando le impide, dice santo Tomás, la confesión de la fé, lo mismo que la confesión de sus pecados. El demonio se nos muestra por el Señor co-

mo un lobo, una de cuyas propiedades es, dice San Agustín, el coger por la garganta á las ovejas; y así el maligno, aprieta la garganta á los suyos, para que ni puedan clamar pidiendo auxilio, ni descubrir sus pecados, ni pedir un buen consejo.

El Señor, pues, arrojó al demonio de este hombre, y habló el mudo, y admiráronse las turbas: quitada la causa, desapareció el efecto, y lo mismo sucede en el pecador: tocado por la gracia, luego habla, porque hace al punto la confesión de sus pecados; habla, porque dirige al cielo sus oraciones; habla para pedir buen consejo á los superiores; habla para dirigir palabras de edificación á sus hermanos; y las turbas de los ángeles se admiran al ver la abundancia de bienes que operan las gracias del Altísimo. Y aunque el Evangelio nó nos diga las palabras que este mudo pronunció, pero se cree que fueron alabanzas al Señor y acciones de gracias por el beneficio recibido; y á este modo, después de hacer la confesión de nuestros pecados, debemos permanecer algún tiempo en el templo, con Jesucristo, y delante de los ángeles, para darle gracias al Señor por la curación de nuestra alma, cuyo cos-

tosísimo remedio es su preciosa sangre. Y los ángeles nos acompañarán uniendo sus alabanzas á las nuestras.

Este milagro atrajo las blasfemias de los fariseos que se atrevieron á decir que el Señor, por obra de Belzebú arrojaba los demonios. Horrenda cosa es la envidia, dice San Crisóstomo, pues convierte en mal hasta los beneficios que recibe. Así estos envidiosos fariseos, el bien de la salud que sólo puede venir de Dios, de quien descienden todos los bienes, lo atribuían al poder de los demonios; mas Jesucristo les respondió que ningún poder tira contra sí mismo, porque sería arruinar su obra, pues todo reino dividido contra sí mismo perece.

En cuya respuesta debemos admirar la paciencia y mansedumbre del Señor que ante tan grave injuria responde con tanta discreción y mesura. “Mas si yo, en Belzebú arrojé los demonios, vuestros hijos en quién los arrojan? como si dijera, negais enteramente el beneficio, pues si de todos los que os curan decis lo que de mí, renunciáis á la misericordia de Dios.” “Mas si en el dedo de Dios arrojé

los demonios, señal és que ha llegado á vosotros el reino de Dios.” El dedo de Dios, se llama el Espíritu Santo, y echar los demonios en el dedo de Dios es perdonar los pecados por obra del Espíritu Santo. Y con esto llega el reino de Dios que es la gracia del Señor en esta vida y después la eterna gloria, pues arrojada la tiranía del pecado comienza luego la gracia á reinar en los corazones.

2.

En seguida pone Jesucristo una especie de parábola diciendo: “Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas que posee. Mas si sobreviniendo otro más fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas en que fiaba y repartirá sus despojos.” Con esto quiso decir nuestro Salvador que mientras el demonio como fuerte armado guardaba como suyo el reino del mundo, poseía como atrio suyo al género humano, que sin resistencia ni oposición le seguía, y entraba y salía en él como un hombre en el atrio de su casa; y así también se hace fuerte en el alma del hombre, la defiende como cosa y reino suyo, y llega como á tranqui-

lizarla y ponerla en paz en sus vicios; mas llega el Señor al mundo, y llega también al alma, y como más fuerte, infinitamente más fuerte que el demonio, vence á este, y le quita todas las armas en que tenia su confianza: estas armas son la delectación, el consentimiento, la costumbre, la reincidencia y todos los demás elementos que sirven al pecado. Y añade el Evangelio que “distribuye sus despojos,” esto es, las almas de los pobres pecadores, que cautivas de Satanás, son conquistadas por Jesucristo y las reparte entregándolas á la Santa Madre Iglesia para que las guarde y las defienda. De suerte, hermanos míos, que para la vuelta de un pecador á la gracia, como que se traba una grande batalla: el demonio con sus huestes guarda aquella alma y la defiende como plaza suya, decidido á nunca abandonarla; pero Jesucristo, el vencedor eterno, no se desdenea de entrar en el combate: pelea con su gracia, con sus iluminaciones, con sus inspiraciones; ataca las murallas con la predicación y los castigos; con la espada de su cruz se adelanta contra el enemigo; y por fin, si el hombre se ayuda con su buena voluntad, la plaza queda tomada, el demo-

nio vencido, dispersas sus armas, y el pecador libertado; y en vez de la roja bandera de Babilonia que ondeaba sobre su cabeza, se vé después tremolar la cándida bandera de la Jerusalén celestl. ¡Gloriosísima victoria, hermanos míos, que como el Señor nos ha revelado llena de alegría hasta á los mismos ángeles del cielo! [1]

¿Más, quién creyera que esta alma así libertada volviera por sí misma á meterse en las garras de su tirano, vencido? Pues escuchad lo que sigue diciendo Jesucristo: “Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y nó hallándole dice: me volveré á mi casa de donde salí. Y al volver la halla barrida y adornada; y va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados allí habitan; y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero.” Quiere decir, que el demonio no cesa en sus combates, que busca descanso en los lugares secos, que son las almas castas, y (2) allí nó lo encuentra, porque es espíritu inmundo que no se lleva con la pureza. Entónces dice: me volveré á mi casa de

(1) Luc. XV. 7.

(2) Ita. Bonavent.

donde salí; palabras, dice San Beda, más dignas de hacer temblar, que de quererlas explicar, porque quizá el pecado que creíamos abolido, vuelva á levantarse á oprimirnos. Volveré á mi casa, dice el maligno; pues si el hombre es casa de Dios, por la creación, hácese casa del diablo por su perversión, y se sujeta así á un vilísimo tirano entregándole el imperio de su alma. De temer es pues, hermanos míos, y mucho, la recaída en el pecado, pues el demonio sólo se retira para volver con más fuerza, semejante á esos bravos carneros que se retiran hacia atrás para asestar con la cabeza un golpe formidable. Y esto quiere significar el Señor cuando habla de la vuelta del espíritu inmundo que halla la casa barrida por la confesión pasada, adornada con el santo bautismo; y tomando siete espíritus peores que él, que son los siete vicios capitales, entran de nuevo en el alma y habitan en ella haciendo mas asiento y quedándose dentro aun por largos años. De suerte que lo último de esos pecadores viene á ser peor que lo primero, porque como dice el Crisóstomo, el pecar después del perdón, ser herido después de la cura y mancharse

después de la gracia, es agravar la culpa, empeorar la herida y dificultar la enmienda, pues en las enfermedades del alma como en las del cuerpo, la recaída viene á ser más grave que la primera enfermedad.

Termina el Evangelio con un hermoso pasaje: "Levantando la voz una mujer de la turba dijo: bienaventurado el vientre que te llevó y el seno que te alimentó. Los santos alaban la generosidad de esta mujer que nos enseña á levantar la voz cuando se alaba á Jesús y á María, pues en medio de los calumniadores y enemigos del Señor, no temió levantar la voz para encomiarle; y nos enseña también el modo de alabar á Jesús en María y á María en Jesucristo, pues alaba al Señor beatificando el vientre de su Madre y su purísimo seno con que le alimentó. Nada más grato al Señor que las alabanzas de su Inmaculada Madre. Alabémosla también nosotros, hermanos míos, para poder lograr algún día la dicha de alabar con ella al Señor en la gloria por todos los siglos. Amen.

